

BIOÉTICA EN CUBA

Dr. Daniel Piedra Herrera*

Estimados colegas:

Me es grato dirigirles a ustedes unas breves palabras, que quiero comenzar agradeciendo la amable invitación de los amigos y compañeros René Zamora y Jorge Suardíaz, miembros de la Red del Comité Nacional Cubano de Bioética y personas a quienes admiro por su compromiso profesional y humano.

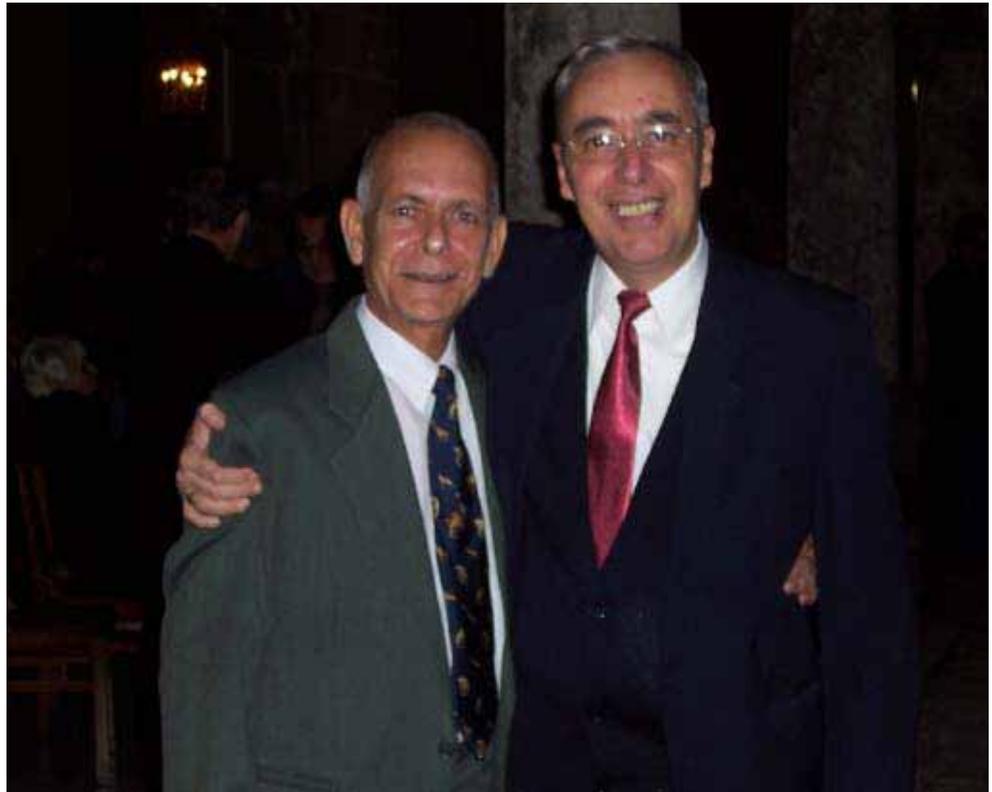
Al elegir como título para estas modestas reflexiones que quiero hacer con ustedes, el de Bioética en Cuba, obedecí al impulso, no sólo de darle un título suficientemente amplio como para que pudiera abarcar los muy diversos aspectos que queremos abarcar en nuestra charla, sino además destacar la singularidad que asume la reflexión bioética en la específica situación histórica, política y social de nuestro país.

La bioética es una disciplina filosófica. A reserva de que tengamos tiempo para regresar a esta clasificación generalmente aceptada, citemos una definición que encontramos en la Encyclopedia of Bioethics, que nos define la bioética como el "...estudio sistemático de la conducta humana en el área de las ciencias de la vida y la atención a la salud, en tanto esta conducta se examine a la luz de valores y principios morales...".

Esto, sin duda, es una visión limitada de la bioética. Admitamos que tiene que serlo en alguna medida, para que podamos considerarla una disciplina, en términos epistemológicos y hasta docentes. Pero también hay que decir con toda claridad, que ésta no es la visión de la bioética que tuvo su fundador, Van Rensselaer Potter, ni siquiera en los tiempos en que la fundó. Todos sabemos que en los años sucesivos Potter in-

trodujo precisiones en su acepción de bioética. Hay autores, además –digámoslo de pasada– que a Potter le reconocen solamente el mérito de haber “inventado” un neologismo feliz.

Pero para comenzar nuestra charla de hoy, la definición de la Encyclopedia nos da más de una clave importante: se refiere a la conducta humana y alude a un área científica, la de las ciencias de la vida y la atención a la salud. Es decir, primero, vincula a la ética/bioética con la conducta (desde luego, humana), con lo cual le



da una dimensión práctica que nos ayuda a entender de qué estaremos hablando en esta Jornada. Luego viene la referencia a la ciencia, que explica en buena medida mi presencia aquí, a título de funcionario de la Academia de Ciencias y en mi carácter simultáneamente de miembro del Ejecutivo del Comité Nacional Cubano de Bioética.

Si después, en la definición enciclopédica, vemos establecida una obligatoria correspondencia entre esa

conducta humana y los “valores y principios morales”, ya quedan listos los presupuestos acerca de los que vamos a estar conversando básicamente en estos breves minutos que dure mi charla.

En la antigüedad griega, el concepto de ciencia se encontraba englobado dentro de la noción más amplia de saber. Así, los filósofos griegos fueron los primeros sabios de nuestra cultura, al tiempo que fueron también los primeros científicos. Y no es ninguna noticia para ustedes que mezclada junto con aquella ciencia incipiente se encontraba también la ética.

Los límites de la ética han sido tradicionalmente muy difíciles de trazar. Así, para Sócrates, como todos sabemos, para tener una conducta y un pensamiento moralmente rectos, era indispensable saber, había una indisoluble vinculación entre ciencia y conciencia. A esta vinculación ha regresado, entre otros, recientemente, un sabio francés que nos visita en estos días, Edgar Morin, quien escribió un volumen completo dedicado al tema de “Ciencia y Conciencia”.

Otros sabios filósofos griegos exploraron la interfase entre ética y política y hoy sabemos que la frontera entre ambas es extremadamente difusa.

En el siglo III de nuestra era, el historiador Diógenes Laercio ponía su granito de arena en la confusión disciplinaria que todavía hoy encaramos, diciendo lo siguiente:

“Tres son, pues, las partes de la filosofía: Física, Moral y Dialéctica. La Física trata del Universo y de las cosas que contiene; la Moral, de la vida humana y cosas a nosotros pertenecientes, y la Dialéctica examina las relaciones entre ambas.”

En resumen, creo que ya a esta hora podemos señalar un par de dicotomías que pueden animar el diálogo durante esta Jornada y si ustedes quieren, también el final de nuestra charla de esta noche. Una es la dicotomía formada por la ética como disciplina filosófica, por un lado y la conducta humana práctica y concreta, por el otro. La otra dicotomía sobre la que les propongo reflexionar es la que existe en apariencia entre ética y ciencia.

Para comenzar por la última, hay que decir que las personas dedicadas a la ciencia han sido siempre calificadas de materialistas, en contraposición a quienes trabajan en el área de las humanidades, las artes y otras cuestiones, como las religiones, a quienes se considera más vinculados con cosas del espíritu. Es decir, la dicotomía materia vs. espíritu, en la mejor tradición cartesiana.

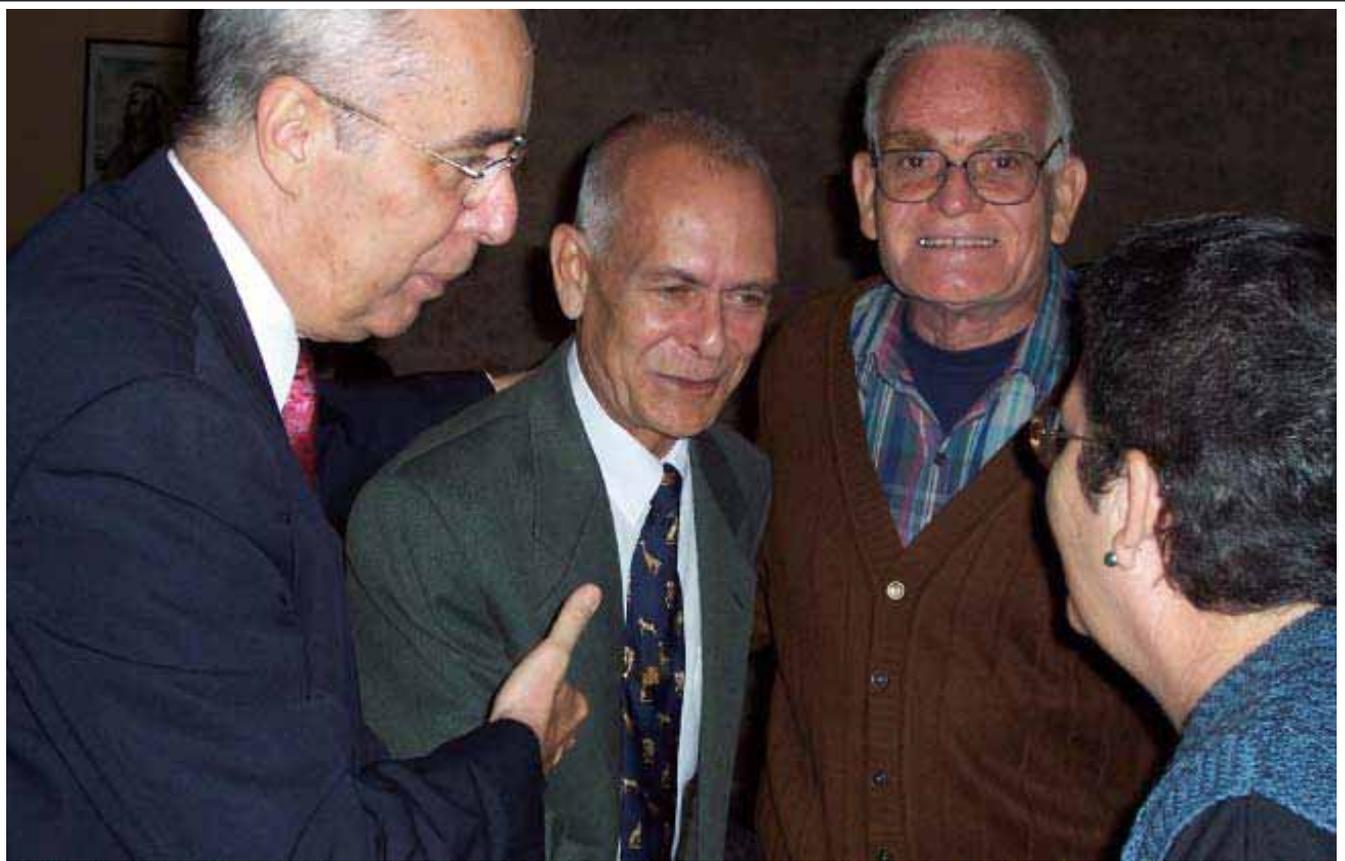
Y he aquí que el nacimiento de la bioética está indisolublemente vinculado a los desarrollos que tuvieron lugar en las ciencias, sobre todo en las ciencias de la vida y de la salud y en las tecnologías asociadas con estas ciencias, que ya desde entonces eran conocidas como biotecnologías.

En Cuba, para atenernos al título de nuestra charla, ocurrió que la bioética hizo su entrada institucional en el país, a través de la puerta que le abrieron las ciencias médicas. Fue así que en un lapso de tiempo relativamente breve, se fueron creando Cátedras de Bioética en las Facultades de Ciencias Médicas del país, hasta llegar a la situación actual en que cada Facultad de Ciencias Médicas, de las más de veinte con que contamos, tiene también su Cátedra de Bioética.

Pero, para hacer más patente esta aparente paradoja que pone lado a lado a la ciencia y a la bioética, el Comité Nacional Cubano de Bioética surge en 1996 a partir de la Comisión Permanente de Ética de la Academia de Ciencias de Cuba. Fue en aquel año, en que la Academia fue reorganizada, en que llegaron a Cuba los primeros borradores de la Declaración Universal sobre el Genoma Humano y los Derechos Humanos. La Academia acudió en apoyo a la Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, para poner en práctica la función consultiva con la que fue reorganizada y encabezamos el esfuerzo por realizar un diálogo nacional, del cual salió la posición del estado revolucionario de Cuba, expuesta en la Asamblea General de la UNESCO en la que se adoptó esta Declaración. Durante este proceso quedaron sentadas las premisas para el funcionamiento de un Comité Nacional Cubano de Bioética, que desde entonces ha continuado funcionando ininterrumpidamente y que cuenta con la colaboración de por lo menos algunos de los presentes en esta Jornada y esperamos que los que no estén, después de la Jornada nos contacten, para entrar en nuestra red.

Pero es que ocurre que precisamente uno de los objetivos cardinales de Potter, que nosotros compartimos, es el de romper la contradicción entre ciencia y ética. Una de las razones por las cuales fue fundada la bioética es exactamente esa, la de aunar esfuerzos entre los científicos y los eticistas para luchar por la supervivencia de la Humanidad, que por primera vez en nuestra época está amenazada de extinción. Materialistas y espiritualistas, en un esfuerzo mancomunado por salvar a la Tierra de la hecatombe y a la especie humana de la desaparición.

Van Rensselaer Potter declaraba paladinamente el carácter multi- y transdisciplinario de la bioética fundada por él. Nosotros, desde la Academia de Ciencias de Cuba, aplaudimos este rasgo característico de la bioética de Potter. Mucho ha contribuido la estrechez disciplinaria que imponen las especialidades nacidas con la modernidad, al cortoplacismo y la miopía de las tecnologías nacidas de las ciencias modernas. La irresponsabilidad de quienes han financiado el desarrollo industrial actual ha hecho el resto. El daño, muchas



veces irreversible, causado al medio ambiente por el uso y abuso de tecnologías que producen cuantiosos beneficios a sus propietarios, tiene su origen en el reduccionismo orgánico de una visión pseudo-científica del mundo y de la sociedad. La bioética de Potter, que nosotros apoyamos, proclama una visión holista e integral del mundo y de la sociedad. Personalmente fomentamos lo que llamamos un enfoque interdisciplinario en el estudio y la solución de los problemas que confronta la humanidad en la actualidad. La brecha entre “las dos culturas” (la humanista y la científica), de persistir, conduce inexorablemente al error y a la profundización de la crisis actual. La tragedia en la que nos precipita a corto plazo una ciencia sin ética es sólo comparable a la que nos amenaza en perspectiva desde una ética sin ciencia.

La humanidad no puede prescindir de la ciencia para conseguir sus nobles objetivos. Más de seis mil millones de seres humanos no serían capaces de sobrevivir sin las conquistas de la ciencia moderna. Pero existe una enorme contradicción en esto. Una proporción mayoritaria de los habitantes humanos del planeta no conocen las conquistas de la ciencia moderna. Millones de seres humanos viven y mueren sin conocer de cerca a un médico. Mientras tanto, en los foros internaciona-

les que se ventilan por lo general en las urbes de los países industrializados, se debaten con fuerza temas de una agenda bioética que una enorme proporción de la humanidad sólo conoce de oídas.

En el año que acaba de concluir se aprobó una Declaración Universal más relacionada con la bioética. Esta vez se trata de la Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos. El proceso de discusión que condujo a la aprobación de esta nueva declaración testimonia de la batalla que, en los foros internacionales, ha sido necesario y sigue siendo necesario librar por una visión social de la bioética, en la que se incluyan prioritariamente los denominados “problemas persistentes” de la bioética, cuales son el derecho humano a la alimentación y a la salud de todas las personas, independientemente de su situación económica. La mayoría de los países industrializados quisieron despojar a la bioética de su contenido social, con lo que la habrían dejado circunscrita a los denominados “problemas emergentes”, relacionados precisamente con el desarrollo industrial anárquico del polo afluente de la sociedad humana.

La humanidad está a tiempo de unirse en la lucha contra un orden injusto, que priva de derechos a las grandes mayorías y concentra las riquezas en pocas

manos. De lo que se trata en el momento actual es de luchar prioritariamente por la supervivencia humana.

De otra parte, la evaluación científica más rigurosa apunta hoy hacia la imprescindible reconsideración de los que hasta hoy se han proclamado como indicadores del progreso humano, confundidos con patrones de consumo absolutamente insostenibles, si de preservación de los ecosistemas básicos y calidad de vida de las futuras generaciones se trata. Por último, a los efectos de esta argumentación, se trata no sólo de cuestionar fundamentalmente esos patrones de desarrollo, que han adquirido el rango de referentes culturales, sino de atisbar caminos alternativos, capaces de satisfacer las necesidades materiales básicas del ser humano y, al mismo tiempo, expandir continuadamente su condición humana por caminos que no comprometan la sostenibilidad natural del planeta y tampoco, por ende, la plenitud existencial de las futuras generaciones, sino por el contrario, la aseguren y desarrollen.

El creador, a menudo interesadamente olvidado, del hoy tan utilizado y manipulado término de Bioética, Van Rensselaer Potter, asoció este concepto desde sus prístinas reflexiones - en la década de los setenta del pasado siglo- al de la búsqueda del equilibrio respetuoso y consciente del hombre con su medio natural. El propio autor, en un artículo posterior, consagrado a examinar lo que denomina la conversión del desarrollo sostenible en una supervivencia global, hace una revisión crítica de las que identifica como cinco categorías de supervivencia: la “mera” supervivencia, la supervivencia “miserable”, la supervivencia “idealista”, la supervivencia “irresponsable” y la supervivencia “aceptable”.

En aras de la necesaria brevedad, me limitaré a reseñar que como “supervivencia irresponsable” dicho autor tipifica la cultura dominante en los países actualmente desarrollados, basada en un conspicuo consumo acoplado con “la explotación y progresivos agotamiento y degradación del fondo de recursos naturales”. Como ilustración de las contradicciones de este modelo, denuncia que éste “provee empleo con elevada remuneración a unos pocos en tanto millones permanecen por debajo de los niveles de pobreza”. El propio autor afirma, y coincidimos con él, que “La cultura dominante es irresponsable e inaceptable. La misma no puede sobrevivir a largo plazo”(11). En el propio artículo, Potter señala que al proponer el concepto de “supervivencia aceptable” hay dos cuestiones que emergen de inmediato: ¿supervivencia aceptable para quién y aceptable por quiénes? y aún otra: ¿Y qué entonces acerca de otro término frecuentemente utilizado, el de desarrollo sostenible? El padre de la bioética resume su posición en la siguiente afirmación: “El

antropocentrismo tradicional ha devenido en una superpoblación humana y la progresiva extinción de otras especies. La supervivencia aceptable es un antropocentrismo ilustrado (la cursiva es mía, I.C.): el mismo reclama un control de la fertilidad humana y aprecia a la especie humana en el contexto de la biosfera total. Si la especie humana ha de sobrevivir, ella ha de preservar el ambiente natural en una dimensión suficiente para permitir la diversidad de las especies”.

Por último, permítanseme dos palabras acerca de la coherencia ética consustancial a la práctica y la teorización bioéticas. De nada vale que proclamemos en el discurso lo que no estamos dispuestos a asumir en la conducta, tanto personal como colectiva, tanto pública, como privada. La lucha actual en nuestro medio nacional está encaminada a fortalecer la coherencia, la consecuencia ética en el comportamiento de las personas. Una vez tomadas las medidas que garantizan la aplicación de raseros justos, hay que abandonar la duplicidad y las visiones interesadas exclusivamente en el bienestar personal. La sociedad que estamos creando requiere abandonar patrones heredados o importados de comportamiento divorciados de lo que se proclama como convicción interna y profunda. Vivir y actuar según las creencias declaradas es una exigencia que puede y debe unir a creyentes religiosos y no religiosos. Está científicamente demostrado que las normas morales operan desde lo más íntimo de la personalidad, de un modo muchas veces automático e inconsciente, asumiendo entonces la acción humana una valencia emocional intensa, que conduce al equilibrio y la paz de espíritu. Si estos valores que mueven al ser humano son de naturaleza religiosa o no, no niega en absoluto su condicionamiento social e histórico.

En este sentido, la bioética, por su carácter dialógico, por su esencia altruista, por su irreductible comunión con la veracidad, es un terreno fértil para la colaboración entre personas de diferentes convicciones. El carácter rebelde e inconforme, de lucha contra la desigualdad de oportunidades y de intolerancia contra el egoísmo, contra la opresión y la exclusión social, tienen que verse expresados en Cuba por la bioética, por los que nos dedicamos profesionalmente a ella y finalmente por todo el pueblo cubano.

Muchas gracias.

* Secretario Ejecutivo del Comité Cubano de Bioética y Secretario de Política Científica de la Academia de Ciencias de Cuba. Miembro del ejecutivo de la Red Latinoamericana y del Caribe de Bioética y de la Sección Latinoamericana de la Sociedad Internacional de Bioética (SIBI). Lectura Magistral impartida en la Ceremonia de Apertura de la VIII Jornada Anual de Bioética del Centro Juan Pablo II, efectuada en la ciudad de La Habana, el 14 de enero de 2006.